PEDRO II FEODOROVICHT.

1762. En los últimos momentos de Isabel, se habia verificado entre Pedro III y Catalina una especie de reconciliacion: aprovechándose aquella princesa del ascendiente que le daban sus luces, habia persuadido á su esposo que no se hiciese proclamar por los guardias, representándole que era mas digno de los Rusos modernos que su soberano se hiciese reconocer por el senado: de aquel modo esperaba ella atraer á sí toda la autoridad. Todo estaba preparado para apoyar aquella innovacion, cuando el emperador, en el instante mismo en que la muerte de Isabel le ponia en posesion de la corona, no pudiendo moderar su alegría y su impaciencia, se mostró á los guardias, quienes le saludaron czar, y las esperanzas de Catalina quedaron burladas.

Abrió su reinado por un edicto que conferia á la nobleza de sus estados los derechos de los pueblos libres. Esto era destruir de un golpe la constitucion autocrática del imperio. Los desterrados fueron llamados. Volvieron á presentarse en la corte Munich y Biren, aquellos dos rivales célebres, el primero por su númen militar, y el segundo por el favor de su señora, al que sacrificó tantas víctimas.

Uno de los actos mas laudables de la administracion de Pedro III fué la abolicion de la cancillería secreta.

Algunas medidas de aquel soberano, bien que aconsejadas por una sabia política, fueron intempestivas; tal fué la reunion á la corona de todas las riquezas del clero.

Este príncipe, siendo ya heredero presuntivo del imperio, lejos de tomar parte en las ventajas de los Rusos contra el rey de Prusia, aparentaba por él un respeto que rayaba en entusiasmo; habia llegado su admiracion por aquel príncipe al estremo de tomar secretamente el título de coronel á su servicio; y desde el momento en que fué declarado emperador, no llamaba á Federico sino *el rey mi amo*. Pedro quiso que las leyes del nuevo código prusiano fuesen puestas en vigor en su imperio: tentativa tan vana como imprudente, y que, bien que abandonada luego de haber sido concebida, acabó de indisponer los ánimos contra él.

El czar, despues de mil estravagancias, quiso darse el placer de una guerra real. El Holstein, pais de sus antepasados, habia sido desmembrado por la Dinamarca; resolvió restablecerle en su primer poder; y lo que mas le halagaba en aquella espedicion era tener una entrevista con Federico. La Europa no vió sin recelo la aproximacion de aquellos dos príncipes, y la fuerza á la disposicion del númen.

En medio de los preparativos militares, sucedíanse sin interrupcion en la córte las fiestas ó mas bien las borracheras mas licenciosas; hubiérase dicho que Pedro, por un secreto presentimiento de su fin, se apresuraba á devorar su reinado. Cortesanas, bailarinas, cómicas, eran admitidas indistintamente en aquellas reuniones permanentes. A las representaciones que se atrevieron hacer al emperador sobre lo inconveniente de tal confusion, respondió que no conocia ninguna jerarquía entre las mujeres. Algunas veces, dice Rulhiere, se precipitaba de rodillas, con el vaso en la mano, delante de un retrato del rey de Prusia, esclamando: «¡Hermano mio, nosotros conquistarémos juntos todo el universo!» Citarémos otra estravagancia suya, porque pinta su carácter y prueba cuánta ventaja podia sacar una princesa tan hábil como Catalina de tan rematada locura. Habia cobrado un afecto particular al enviado del rey de Prusia, y para hacerle mejor los honores de su córte, se le habia puesto en la cabeza hacerle obtener las finezas de todas las mancebas que se prostituian en sus fiestas. Encerróle pues con ellas, púsose de centinela á la puerta, con espada desnuda, y cuando en medio de aquella burlesca funcion, venian á someterle un trabajo, le enviaba al príncipe Jorje, tio suyo, diciendo: «Bien veis que soy soldado.» Esparcíase la voz que Pedro, dominado por su pasion hácia una jóven, repudiaria á su esposa, y romperia al mismo tiempo doce matrimonios mal correspondidos, para celebrar con otras tantas bodas su enlace con su querida.

Nunca se mostró Catalina mas rusa que en aquel momento crítico. Presentábase en público con el esterior triste para obrar en los ánimos de la multitud. Sus temores, aunque exajerados de intento, no se hallaban faltos de fundamento. Pedro habia tenido una entrevista con Ivan, y habia manifestado la intencion de darle libertad reconociéndole por heredero de la corona. Habia hecho venir de los paises estranjeros aquel Soltikof, primer querido de Catalina, y le atormentaba para que se declarase padre del gran duque para anular los derechos de este último. En medio de aquellas conjeturas, el partido de Catalina no perdia el ánimo, y el mas absoluto sijilo presidia en todas sus medidas. Catalina lo dirijia todo desde su retiro. Con sus gracias se habia granjeado el amor de la princesa Dachkof, hermana de la querida de Pedro III; su familia, arruinada por el lujo, habia contado con sus recursos para asegurar su crédito y restablecer su fortuna; mas la conducta de su hermana le hacia mirar como una desgracia para la Rusia su próxima elevacion á la jerarquía de emperatriz; esta aprension la acercó tanto mas á Catalina, á la que profesaba un vivo entusiasmo. Sin embargo, la amistad de Catalina por la princesa Dachkof no era sin reserva; tuvo buen cuidado de ocultarle su intimidad con Orlof, dejándoles de este modo afanarse, cada uno por su lado, para su elevacion venidera. La conducta de Orlof, bebiendo con los soldados y escitando su celo en favor de la emperatriz, habia introducido en los rejimientos de guardias el jérmen de una conspiracion. La princesa Dachkof por su parte reclutó tambien gran número de partidarios á Catalina.

El clero, descontento con la ley que le privaba de sus propiedades, entró en una conspiracion en la que su influjo podia rescatar mas de lo que le habian quitado; y los grandes, preparados ya por la emperatriz, siguieron el impulso jeneral; solo faltaba asegurarse de Panin, gobernador del gran duque Pablo, y cuyo crédito podia malograr ó facilitar la empresa. La princesa Dachkof le rodeó con mil seducciones; hacia de su complicidad la condicion *sine quá non* de sus últimas finezas. El conde titubeó durante mucho tiempo; ya consentia en la esclusion de Pedro III, mas á condicion de que pasaria la corona á su pupilo, dejando sin embargo la rejencia á Catalina. En fin, el interés de su pasion prevaleció sobre sus ideas particulares; entró pues sin repugnancia en los proyectos de la princesa Dachkof, y su intimidad se estrechó todavía mas por un odio igual al despotismo. El cetro debia darse á Catalina, en virtud de una eleccion formal, y con poderes limitados.

En medio de una conspiracion confesada por un gran número y presentida por todos, fué tal la ceguedad de Pedro, que no vió nada ó no quiso ver nada. Federico le dió sabios consejos sobre la inminencia del peligro, y tampoco supo aprovecharse de ellos.

Sin embargo, Pedro apresuraba los preparativos de su marcha; por todos lados se movian tropas; los conjurados creyeron que era ya tiempo de obrar.

Antes de emprender aquella campaña, queria Pedro celebrar su fiesta y el aniversario de la de Pedro el Grande en el palacio de Peterhof; Catalina, por no infundir sospechas, habitaba en un pavellon que dependia de aquella casa de recreo, á ocho leguas de la capital. Habíase resuelto que se apoderarian de Pedro á su vuelta á Petersburgo, desde donde debia inmediatamente ponerse en marcha para abrir su campaña contra la Dinamarca.

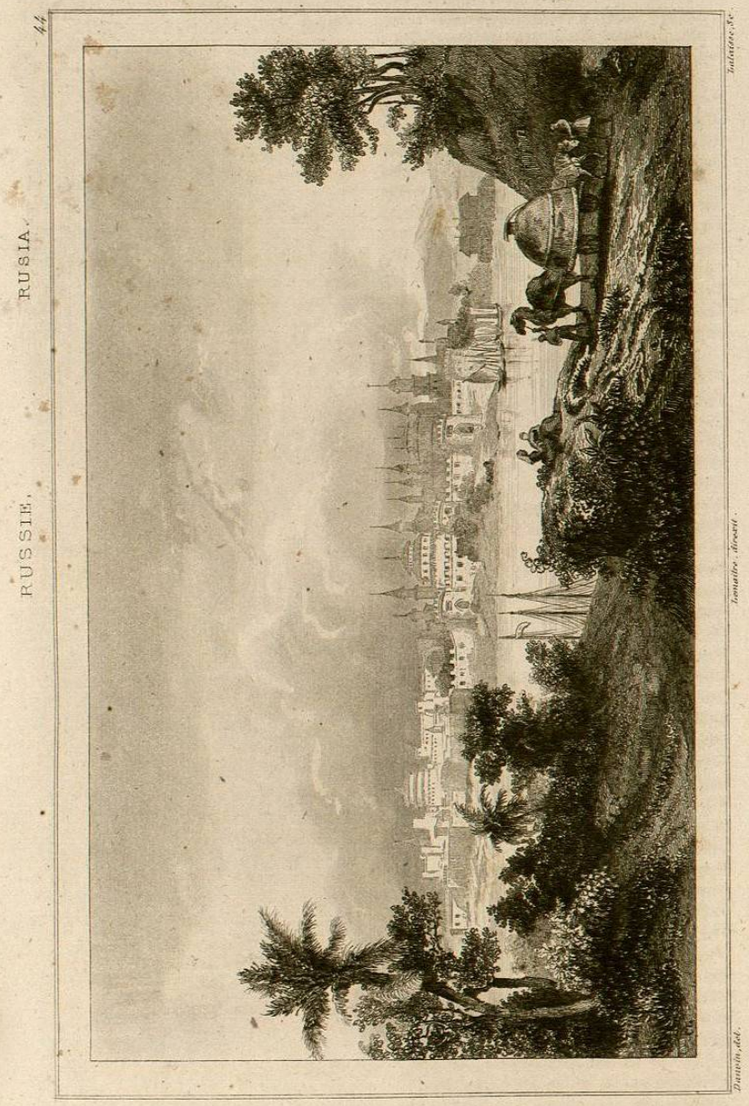
No obstante, la fortuna, antes de envolverle en su pérdida, parecia quererle mostrar el peligro. Uno de los conjurados, llamado Passek, habló inconsideradamente de la conspiracion en presencia de un soldado;

este corrió inmediatamente á denunciárle; Passek fué arrestado, é inmediatamente despacharon un correo á Pedro III. La princesa de Dachkof supo al instante el arresto de Passek, y se apresuró á noticiárselo á Panin. Ella queria obrar sin demora; Panin sostenia que era necesario esperar hasta el siguiente dia, para ver el jiro que tomarian los acontecimientos. Era media noche; la princesa Dachkof se separa de Panin, se viste de hombre, y se encamina á un puente, lugar ordinario de la cita de los conjurados. Allí encontró á Orlof y á sus dos hermanos, hombres seguros y de ejecucion. Alejo Orlof se encargó de ir á encontrar á Catalina, y entregarle un billete con estas palabras: «Venid, señora, la cosa urje.»

Aquella princesa, despertada en medio de la noche por el hermano del favorito, pareció menos asustada que sorprendida: «Señora, le dice Orlof, no teneis que perder un momento; venid.» Mientras la emperatriz se vestia de cualquier modo, llegó el coche que habia mandado Orlof; subió en él, acompañada de su doncella, y el favorito vino á su encuentro, gritándola: «¡Todo está pronto!» tomó la delantera, y los tres coches se dirijieron á galope hácia la capital. En el camino encontró la emperatriz uno de sus ayudas de cámara, francés de oríjen; sacó la cabeza á la portezuela y le gritó: Sígueme. Aquel hombre, que creia que la emperatriz partia para la Siberia, no titubeó en obedecerla, y Catalina dedujo de su fidelidad un presajio feliz. En fin, páranse, despues de haber atravesado toda la ciudad, delante del cuartel del rejimiento de Ismailof. Arenga la emperatriz á unos cuantos soldados que salieron á recibirla medio desnudos, y todos respondieron con aclamaciones y protestas de afeccion; pronto se aumentó el número; entónces hizo venir un cura para recibir el juramento de los soldados. Los oficiales se esparcian en los cuarteles, y en pocas horas el movimiento se hizo jeneral. Hicieron poner en libertad á Passek; tres rejimientos se pusieron sobre las armas; Villebois, francés refujiado, gran maestre de artillería y de injenieros, puso su cuerpo á la disposicion de Catalina. Sin embargo, fueron á prevenir al príncipe Jorje de Holstein, tio del emperador, que se habian amotinado en los cuarteles; estaba ya vistiéndose, cuando vinieron á prenderle con toda su familia.

Para dar á aquella sublevacion una sancion relijiosa, Catalina, en medio de un jentío numeroso, se dirijió á la iglesia de Casan, y de allí á palacio. Las tropas tomaron posicion é interceptaron los pasos. Pero ya un emisario, enviado por Bressan, antiguo criado de Pedro III, se habia disfrazado de paisano, y habia atravesado el puente, algunos instantes antes que le ocuparan.

Sin embargo, Panin habia llevado en sus brazos al jóven gran duque; se le entregó á su madre con sus vestidos de dormir; le enseñaron al pueblo y á los soldados, quienes, al verle, hicieron resonar el aire con sus aclamaciones. El mayor número se lisonjeaba todavía de que Pablo iba á ser proclamado, y que Catalina se contentaria con la rejencia; un manifiesto que estaba ya preparado y al que solo faltaba la fecha, fué distribuido en toda la ciudad; y se supo, no sin alguna sorpresa, que la emperatriz solo habia trabajado para sí. Aquel manifiesto decia que la emperatriz Catalina, cediendo á las súplicas de sus pueblos, subia al trono de su querida patria, para salvarla de su ruina; tambien se advertia en él una reprobacion formal contra la alianza con el rey de Prusia y contra el despojo del clero. Mas tarde se verá que este doble pretesto estaba muy lejos de haberla determinado. Sin embargo, era preciso tomar un partido; resolvióse marchar con todas aquellas fuerzas reunidas contra el emperador: el clero se avanzó procesionalmente y en gran pompa; atravesó lentamente el ejército con las insignias de la coronacion, y entró en el palacio para consagrar á la emperatriz. Concluida aquella ceremonia, se revistió Catalina con el uniforme de un oficial de guardias



que se halló de su misma talla; tomó el gran cordon de San Alejandro Nevski, y en aquel aparato guerrero, que realzaba todavía mas sus gracias naturales, montó á caballo, acompañada de la princesa Dachkof, vestida igualmente de uniforme; pasó por las filas anunciando á los soldados que ella misma los conduciria contra su esposo.

Hallábase el emperador en el palacio de Oranienbaum, edificado por Mentchikof, que era entónces la residencia predilecta del emperador. Sumerjido en una profunda seguridad, respondió á los que vinieron á informarle del motivo del arresto de Passek: es un loco. Sin desazonarse por aquellos indicios, partió de Oranienbaum para Peterhof, con su querida, su favorito Gondovitch, y todo aquel acompañamiento de mujeres que no abandonaba la córte. Informado á su llegada de la evasion de la emperatriz, palideció con aquella noticia, é hizo que le condujeran en toda dilijencia al pavellon que ella habitaba. Entra en el cuarto donde se habia acostado, mira debajo de la cama, sondea con su baston el cielo raso y los armarios, y dirijiéndose á su querida y á las demás mujeres que habian acudido: «Ya os lo decia, esclamó; es capaz de todo.» Un jóven francés, que acababa de llegar de la capital, vino á anunciar que la emperatriz no estaba perdida y que se hallaba en Petersburgo; añadia que la fiesta de San Pedro seria magnífica, y que él habia visto todos los rejimientos sobre las armas. En este intermedio llega el emisario de Bressan. Entregó un billete al emperador, y entónces se desvanecieron todas las dudas. El emperador, despues de haberle leido en alta voz: «Y bien, señores, ya veis que yo tenia razon.» El gran canciller Vorontzof se ofreció para interponer su crédito con la emperatriz; hizo presente, en efecto, á Catalina las consecuencias de aquella sublevacion; mas la princesa, mostrándole el pueblo y el ejército: «No soy yo, le dijo, es la nacion entera.» Vorontzof, que no pedía mas que verse persuadido, suplicó á la emperatriz que le hiciese arrestar, para asegurarse de este modo un refujio á todo evento.

Durante aquel tiempo, Pedro dió la órden para hacer venir sus guardias de Holstein y reunir cuantas tropas y paisanos fuese posible. Pedro habia perdido la cabeza enteramente; tan pronto queria que fuesen á matar á la emperatriz y dictaba manifiestos contra ella; tan pronto se lisonjeaba de que todo se arreglaria. Munich hizo presente á Pedro que Peterhof no se hallaba en estado de resistir á un ejército de veinte mil hombres; que la salvacion estaba en Cronstad, en medio de la escuadra y de todo el material de la espedicion proyectada; añadió que las mujeres que se hallaban con él le servirian de rehenes, y que la insurreccion que amenazaba caeria por sí misma. Siguióse aquel consejo, pero demasiado tarde; el almirante Talesin habia puesto guarnicion en aquel punto por cuenta de la emperatriz, y cuando los dos buques que conducian á Pedro III y su comitiva se acercaron á la orilla, gritó el centinela: «¡Quien vive! —El emperador.— Ya no hay, emperador.» Entónces se adelanta Pedro, se desemboza para darse á reconocer, y se disponia á saltar en tierra; mas una muralla de bayonetas se forma delante de él, y el comandante amenaza hacer fuego, si no se alejan al instante. Pedro cae desmayado en los brazos de su comitiva, y los dos buques, amenazados por la artillería del puerto, solo tienen el tiempo necesario para salir de la rada: mas el desgraciado emperador oyó resonar en la playa los gritos repetidos de *¡viva Catalina!*

En tan crítica situacion, dieron á Pedro varios consejos, mas prevaleció el de la princesa Vorontzof, que se limitaba á pedir que se le permitiese volver con ella al Holstein. Entónces el autócrata destronado se hizo apear en Oranienbaum, y, á pesar de la jenerosa indignacion de Munich, envió á Catalina aquella vergonzosa capitulacion. Por toda respuesta, recibió la órden de firmar una renuncia al trono.

Preséntase Munich delante de la emperatriz en medio de una multi-

tud de cortesanos: «Habeis querido combatirme, le dijo ella. = Sí, señora, respondió el anciano guerrero, y ahora mi deber es combatir por vos.» La princesa Dachkof recibió la órden y las joyas de su hermana, la ex-favorita. El favorito y sus hermanos fueron elevados á la dignidad de condes.

Recibió Moscou la noticia de aquella revolucion con gran frialdad, y aun se temieron algunas manifestaciones mas serias. En Petersburgo mismo, cuando se hubo entibiado algun tanto el primer entusiasmo, manifestaron los soldados algunos remordimientos de aquella violencia ejercida contra el nieto de Pedro el Grande. Catalina conocia demasiado á los hombres y el carácter de su pueblo. Solo la muerte del estúpido Pedro III podia asegurar su tranquilidad.

Alexis Orlof, el mismo que habia ido á buscar á Catalina, á Peterhof y á Tieplof, otro advenedizo, pero que, siendo de clase mas baja, se apresuraba á cimentar su favor con un servicio para el que pocas jentes se sienten capaces, fueron á encontrar al príncipe destronado y le pidieron de comer. Segun la costumbre de los Rusos, sirvieron aguardiente y licores antes de sentarse á la mesa. Bebió el emperador, é inmediatamente sintió el efecto del veneno; quiérenle hacer volver á beber, mas la víctima estaba ya abandonada á los dolores mas atroces; Pedro arroja la bebida fatal; insisten los emisarios, impacientes de ganar su estipendio. En aquella horrible lucha, añade Rulhiere, para ahogar sus gritos que principiaban á oirse desde lejos, se precipitan sobre él, le cojen por el pescuezo y le echan á tierra: mas como él se defendia con todas las fuerzas que da la desesperacion, y ellos evitaban hacerle ninguna herida, reducidos á temer por sí, llamaron en su auxilio á dos oficiales encargados de su custodia, que en aquel momento estaban fuera, á la puerta de su prision. Acudieron con prontitud, y tres de aquellos asesinos habiendo añudado y apretado una servilleta al rededor del cuello del desdichado emperador, mientras que Orlof con sus dos rodillas le oprimia el pecho y le tenia sofocado, acabaron de ahogarle, y quedó sin vida entre sus manos (1).

¿Cómo cabe abrigar las dudas de Rulhiere acerca de la parte que tuvo la emperatriz en aquella conspiracion, cuando se leen en su relacion las reflexiones siguientes? «En el dia en que se cometió el crímen, cuando aquella princesa principiaba á comer con mucha alegría, se vió entrar aquel mismo Orlof con los cabellos sueltos, cubierto de sudor y polvo, con los vestidos rasgados, la fisonomía ajitada y llena de horror. Al entrar, sus ojos centelleantes y turbados buscaban los de la emperatriz. Levántase ella silenciosamente, pasa á su gabinete, á donde él la sigue; algunos instantes despues, hizo llamar al conde Panin, nombrado ya su ministro, y le consulta sobre el modo de anunciar al público aquella muerte. Panin aconseja que se deje pasar una noche, y que se divulgue la noticia al dia siguiente, como si la hubiesen recibido durante la noche. Habiéndose adoptado aquel consejo, la emperatriz volvió á entrar con el mismo semblante, y continuó su comida con la misma alegría. Al siguiente dia, cuando se hubo esparcido la noticia que Pedro habia muerto de un cólico homorroidal, se presentó bañada en lágrimas, é hizo público su dolor con un edicto.

CATALINA II.

1772 á 1796. Una mujer atrevida, nacida en una de aquellas pequeñas cortes de Alemania que están emparentadas con las grandes casas soberanas de Europa, acababa de sentarse en el trono de todas las Rusias. Las circunstancias que habian precedido á aquel advenimiento, la catástrofe que lo habia puesto fuera de

(1) Bressan, ayuda de cámara de Pedro III, presenció aquella horrible escena. Hiciéronle jurar sobre el Evanjelio no divulgarla jamás; lo que no le impidió contar todas las circunstancias al encargado de negocios de Francia.